

## **SOBRE EL SONETO ANÓNIMO A CRISTO CRUCIFICADO**

**AUTOR:** SERAFÍN LINARES ROLDÁN

**PROCEDENCIA:** EX ALUMNO DE LA CÁTEDRA INTERGENERACIONAL “PROFESOR FRANCISCO SANTISTEBAN” DE LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

**GÉNERO:** HISTORIA DE UN POEMA



***Cristo de Ánimas de la Real Iglesia Fernandina de San Lorenzo Mártir de Córdoba.***

***(Foto S. Linares, hijo)***

El soneto anónimo del siglo XVI dedicado a “*Jesús Crucificado*” que vamos a hacer referencia en este artículo tiene, como verán, una gran dosis de plagio y vamos a intentar desvelar de donde fue copiado.



Los versos dicen así:

*No me mueve, mi Dios, para quererte  
El cielo que me tienes prometido,  
Ni me mueve el infierno tan temido  
Para dejar por eso de ofenderte.*

*Tu me mueves, Señor, mueve al verte  
Clavado en una cruz y escarnecido,  
Muéveme ver tu cuerpo tan herido,  
Huévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,  
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara,  
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,  
Pues aunque lo que espero no esperara,  
Lo mismo que te quiero te quisiera.*

Este precioso soneto, como decimos anónimo, algunos críticos antiguos daban como autor al religioso reformador san Juan de la Cruz, porque todos sus versos son de rico simbolismo espiritual y los une a un profundo amor divino. Pero hay otros que se lo atribuyen a santa Teresa de Jesús, religiosa, mística y escritora, compañera de San Juan de la Cruz en las reformas de la orden carmelitana, que por su espiritualidad, al abstraerse de todo, se llenaba de la presencia y de la experiencia íntima de Dios, se entregaba a su contemplación y a las cosas divinas. Por lo que el adjudicarles la autoría de este soneto a

ellos no es nada descabellado, porque ambos, por su condición espiritual, son dignos de haberlo compuesto. Pero claro, lo que inspiró al anónimo tenía, como luego veremos, ese mismo estado de unión profunda y amorosa con la Divinidad.

Desde luego el que escribió este lindo soneto no tuvo más remedio que leer la poesía que posteriormente reproduciremos. En realidad no podía, por tanto, ser nada más que anónima esta obra de arte, plena de belleza y de sentimientos estéticos, al igual que la original, ya que si alguien se la hubiera adjudicado habría sido tachado de plagiar unos versos que, varios siglos antes, había compuesto un autor árabe. El poema original, como es lógico, no estaba dedicado al Dios de los cristianos, pero sí a su Dios, ese Dios Universal que es el mismo para las tres religiones: judía, cristiana y musulmana. La poesía, como veremos, está repleta de un gran contenido de espiritualidad.

Su autor fue el místico murciano Abu Bark Muhammad ibn Arabi que nació en 1164 y murió en Damasco en 1240, conocido con el título de *“Muhyi al-Din”*, o sea, el “Vivificador de la religión”, muy joven se relacionó con los sufíes, y fue un gran viajero, primero por las tierras de al-Andalus, luego por las del norte de África y, posteriormente en 1202, por las de Oriente dirigiéndose en primer lugar, como es natural, a La Meca donde pasó un largo período de tiempo, estableciéndose por fin en Damasco. Se le atribuyen más de 400 obras aunque se conservan solamente unas pocas. De entre ellas resaltan: “Revelaciones”, o *“Al-Futuhāt”*, escrita en La Meca, y “La sabiduría de los profetas”, *“Fusus al-hikam”*, la más leída y de la que se puede decir que es su testamento espiritual. También escribió unas biografías de santones andaluces que fueron traducidas por el arabista español don Miguel Asín Palacios, nacido en Zaragoza en 1871 y muerto en San Sebastián en 1944. En uno de esos libros que tradujo del místico encontró la poesía que transcribimos, que está llena de un gran amor a Dios y, que a su vez, visto desde el punto de vista poético, está colmada de ritmo, cadencia y medida.

Los versos de ibn Arabí dicen así:

*“Son para mí el cielo las delicias  
Igual que los suplicios de tu infierno,  
El amor que me tienes no se amengua  
Con el castigo, ni lo aumenta el premio.  
Todo aquello que Tú de mí prefieras,*

*Eso sólo amaré, tan sólo eso.*

*Porque el amor que Tú, Señor, me tienes,*

*Lejos de marchitarse con el tiempo,*

*Es, cual la creación con que me animas,*

*Acto de amor, eternamente nuevo.”*

Esta poesía fue, muy probablemente, la fuente de inspiración al autor anónimo del siglo XVI que compuso el soneto titulado a “*Cristo Crucificado*” y que mucho tiempo le fue atribuido a san Juan de la Cruz o a Santa Teresa de Jesús.

Verdaderamente, no pueden ser más semejantes ambas composiciones y el autor que escribió esos versos se puede dar casi por seguro que antes leyó los de ibn Arabi, como da a entender el Sr. Asín Palacios. Y si no fue así, creemos que ambos estuvieron imbuidos de un gran amor a ese Dios de todos y tenían los mismos conceptos místicos para expresar sus sentimientos.

Dentro de esta tónica poética del simbolismo está Guillermo Belmonte y Müller, nació en Córdoba en 1852 y murió el 7 de mayo de 1929, en este soneto:

*“Tú, que al beber de tu pasión las hieles*

*Diste tu sangre redentora al mundo,*

*Toma cuánto te ofrece un moribundo*

*Esperando de tí que lo consueles.*

*¡Ay! Recibe mis ídolos infieles,*

*Mis lentas horas de dolor profundo,*

*Mis pasiones, mis gozos de un segundo,*

*Mi laúd y mis pálidos laureles.*

*No guardo ya de mi falaz tesoro  
Más que la fe, cual lámpara de oro,  
Y a su luz que en la Muerte se reanima.*

*¡Oh padre mío y salvador!, te pido  
Que de tu cuerpo sacrosanto herido  
Una gota de sangre me redima.”*

Este último soneto está dentro de la escuela del simbolismo que apareció en Francia a finales del siglo XIX, pero que como puede apreciarse ibn Arabi se adelantó siete siglos a esa escuela.